

¿Qué decía la Internacional sobre la defensa de la patria?

(El socialismo internacional desde el punto de vista norteamericano)

León Trotsky

27 de febrero de 1917

(Versión al castellano desde “Le socialisme international du point de vue américain. Que disait l’Internationale sur le défense de la patrie?”, en *La guerre et la révolution*, Tomo Segundo, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 273-275.

Publicado en *Novy Mir* el 27 de febrero de 1917)

Desde el principio de la guerra los partidos más importantes de la [Segunda] Internacional se han acercado a las clases dirigentes y han llamado a los trabajadores a servir bajo la bandera de la defensa nacional. Este hecho es la base de la crisis que atraviesa todo el movimiento obrero. En Norteamérica particularmente muchos socialistas dicen: “Que la táctica de los partidos alemán, francés, belga, austríaco, etc., haya sido la apropiada para las circunstancias es una cuestión particular. El próximo congreso internacional examinará la cuestión sobre la base de la experiencia de la guerra y sacará las conclusiones indispensables. Pero no hay duda alguna sobre lo siguiente: la Segunda Internacional ha reconocido la necesidad de la defensa nacional, y los partidos han actuado de pleno acuerdo con ese principio.”

¿Esto es cierto? No, es falso. Los socialistas que afirman lo que se ha dicho arriba son culpables de dos pecados: primero, dejan al descubierto su ignorancia sobre las opiniones reales de la Segunda Internacional y, segundo, no definen qué entienden por “defensa nacional”. Si la “defensa de la patria” es uno de los principios de la concepción socialista del mundo, está claro que los socialistas deben apoyar al gobierno, sin preocuparse en conocer las causas del conflicto ya que la guerra amenaza a cada una de las “patrias” en guerra. ¿Se quiere decir que la Segunda Internacional ha reconocido la necesidad de la defensa nacional en tanto que principio absoluto, independientemente de las condiciones y carácter de la guerra? Es una afirmación engañosa: aprueba la política de los Scheidemann y Victor Adler, por una parte, y, por otra parte, la de los Vandervelde, Guesde, Plejánov. La guerra amenaza a todas las patrias y, en consecuencia, todas se defienden.

La cuestión se complica a causa del hecho que la mayoría de los socialpatriotas niegan ellos mismos la cuestión planteada así: “Los socialistas sólo puede apoyar a su gobierno si éste es víctima de una agresión. En el caso contrario deben combatirlo negando la obligación de una “defensa de la patria.” Esta era la opinión de Bebel. Repitió en numerosas ocasiones que él “se echaría el fusil al hombro” si Alemania era atacada. Desde ese punto de vista ampliamente extendido, el principio de defensa nacional se demuestra no ser absoluto: sólo es admisible en las guerras de defensa y no puede servir para justificar la política patriótica de los socialistas de ambos bandos de las trincheras.

Pero ese principio limitado ¿ha sido reconocido completamente por la Segunda Internacional? No es cierto. En el congreso del partido en Essen, el punto de vista de Bebel encontró una fuerte oposición, particularmente por parte de Kautsky: “No podemos comprometernos a sostener el espíritu belicoso del poder cada vez que una

agresión nos amenace... No puedo aceptar tal responsabilidad. No puedo garantizar que establezca la distinción justa: ¿el gobierno nos miente o defiende los intereses del país?... Ayer, Alemania era el agresor, mañana será Francia y después de mañana Inglaterra. Esto cambia constantemente... En realidad, ante nosotros no tendremos una cuestión nacional, sino el choque de dos naciones que se transformará en una guerra mundial. El gobierno alemán convencerá a los trabajadores alemanes de su derecho justo, el gobierno francés hará lo mismo con los suyos, y los proletarios convencidos se destriparán con ardor. Hay que evitarlo, y sólo lo podremos hacer si adoptamos como criterio no el de la defensa nacional sino el de los intereses del proletariado que devienen intereses internacionales.”

Este discurso de Kautsky, que puede llamarse profético, muestra toda la envergadura de la mentira que constituye la afirmación según la cual la Segunda Internacional contemplaba el principio de la defensa nacional como el axioma de la política socialista. Kautsky, jefe incontestado de la Segunda Internacional, rechazaba ese principio, y no solamente en el sentido absoluto sino, también, en su limitación, es decir en su aplicación a una respuesta a la agresión. Exigía que los socialistas se acoplasen no al interés de la nación sino al del proletariado.

Sin embargo, ¿qué dicen las resoluciones formales de los congresos de la Segunda Internacional? ¿Reconocen esas resoluciones sin restricciones el dogma de la defensa nacional? ¿La limitan a la guerra de defensa como lo hacía Bebel? Quien se tome la molestia de consultar las resoluciones de los congresos de la Segunda Internacional llegará a la conclusión de que esas cuestiones jamás recibieron respuestas unánimes. Todas las resoluciones formuladas se distinguen ya sea por una precisión insuficiente, ya sea por contradicciones. Pero se puede establecer sin posibilidad de contestación que el principio de “defensa de la patria” ha retrocedido hacia lo que es el problema de los internacionalistas revolucionarios: la lucha contra el imperialismo. Así, la resolución del último Congreso de Basilea, convocado especialmente para juzgar las cuestiones de guerra, impuso a los socialistas un deber más elevado que el de la defensa nacional: conservar un lazo indestructible entre los partidos de los diferentes países, luchar por el cese inmediato de la guerra y usar la crisis y el despertar de las masas para derrocar lo más rápidamente posible las estructuras capitalistas.

Por tanto, todas las afirmaciones según las cuales los socialpatriotas actuarían estrechamente de acuerdo con los antiguos principios de la [Segunda] Internacional mientras que los internacionalistas se desviarían de ellos, decantándose hacia la anarquía, son absolutamente erróneas. Se puede afirmar que los socialpatriotas buscan una justificación en supervivencias conservadoras y nacional-demócratas, mientras que los internacionalistas unidos en Zimmerwald y Kienthal representan a las tendencias social-revolucionarias expresadas bajo la forma más vigorosa en la resolución del Congreso de Basilea.

Desde el primer día de la guerra, las actuaciones de los socialistas-gubernamentales demuestran que no sentían bajo sus pies el terreno sólido en lo concerniente a los principios. Los socialpatriotas de los dos campos no creían posible limitarse al simple principio de la “defensa de la patria”. Todos intentaron justificar su colaboración mediante un principio auxiliar.

Scheidemann nos dice que la guerra “es contra el zarismo”. Guesde, Vandervelde y Plejánov han afirmado que la guerra estaba “contra el militarismo prusiano”. Además, unos y otros prometen, gracias a la victoria, “liberar” a los pueblos pequeños o débiles, crear una Liga de las Naciones, destruir los ejércitos permanentes, etc...

Está claro para todos que esas promesas sólo son patéticas ilusiones. Pero, incluso desprovisto de todo don profético, cada uno predecía la quiebra. ¿De dónde vino entre los socialpatriotas la necesidad de adornar con rasgos “liberadores” la guerra imperialista? Es evidente que si el principio de “defensa de la patria” era claro e inatacable, los socialpatriotas no habrían necesitado añadirle correctivos fantásticos y dotar a la guerra capitalista con capacidades creadoras de la revolución democrática. Los problemas liberadores de la guerra tienen un carácter ofensivo y, por ello mismo, chocan con el principio de la defensa nacional.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es